

Don Quijote en Yanquilandia

CAPITULO XIX

DONDE SE REFIERE LA BATALLA QUE TUVO DON QUIJOTE CON UN PODEROSO EJERCITO Y SE DA CUENTA Y RAZON DE OTROS SUCESOS DE MUCHA TRASCENDENCIA EN EL CURSO DE ESTA VERIDICA HISTORICA.

Grandes encarecimientos hace Cide Hamate Benengeli al llegar a este punto de la historia de Don Quijote, y se advierte que guiada su pluma por el natural entusiasmo que le inspiraba el andante caballero, trazó tan apriesa los signos arábigos con que el narrador escribía, que ha sido menester consultar calígrafos y peritos para poner en claro, si no el todo, al menos lo más substancial y de mayor interés de esta parte de nuestro relato. Cogido, pues, no sin esfuerzo y desvelos, el hilo de la peregrina aventura del desencanto del reino de Quivira, se vino en conocimiento de que, a poco de la descarga que transformó a Sancho e hizo huír a las divinidades del bosque, aparecieron entre los árboles gruesas filas de soldados, unos con rifles, otros arrastrando cañones y no pocos de caballería, todos los cuales con grande algazara y muchas voces de mando rodearon en un instante a Don Quijote y a su escudero y dieron una nueva descarga de cañón y de fusilería que resonó en el bosque con singular y pavoroso estruendo. Sancho no viendo ya por dónde huír, arrojóse al suelo y se agazapó lo mejor que pudo, rogando que se abriese la tierra y lo tragase. No bien se apagó el eco de la descarga, sonó una banda de música tan marcial y bien concertada, que Don Quijote, que ya estaba alborotado y en són de combate, al oirla, se acabó de entusiasmar, se le encandilaron los

ojos, se le fué la cabeza y levantando la brida a Rocinante, dijo con gentil arrogancia:—“¡Sean conmigo en desigual batalla, falconetes, arcabuces y balíestras!”—y sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, fuése sobre los primeros soldados que se le presentaron; mas como ellos le huyesen el bulto sin que nuestro hidalgo lo advirtiera según era su desaforado entusiasmo, se puso a repartir lanzadas en el aire con tal furia, como si las diese en los pechos de los más odiados enemigos. Disparaban entre tanto los soldados con cartuchos de los que llaman de fogueo, ensordecían las detonaciones, tocaba la música, alborotaban con gritos y burlas los supuestos combatientes, y Don Quijote, loco de remate, seguía inpertérrito y airado, vociferando denuestos, blandiendo el lanzón y combatiendo con el aire, firme en su locura y convencido del todo de que segaba cabezas y derribaba enemigos a diestro y siniestro.

Llevaba miras de no acabarse nunca el famoso simulacro de la burla que hacían los milicianos y de la cólera de Don Quijote que se creía en la más encarnizada batalla, cuando sonó una aguda trompeta y al oír la gritaron a una voz todos los del ejército:—“¡Somos vencidos! ¡Huyamos, huyamos, que es Don Quijote el victorioso!”—; y haciendo como decían, perdiéronse en el bosque y cesaron como por ensalmo las detonaciones y el tumulto. No se dió cuenta nuestro hidalgo de la huída de los que él suponía sus enemigos y siguió vomitando injurias y batiéndose con la lanza; pero Sancho, pasado un rato, alentado por el silencio y quietud en que quedó el camino, levantó un poco la cabeza, se fué enterando de que ya no habían ejércitos y de que su amo se peleaba solo, trató entonces de incorporarse, se limpió los ojos, miró a uno y otro lado y, lleno de asombro, procuró sacar la voz para decir a Don Quijote:—“¿No ve vuesa merced que ya venció a todos sus enemigos? Compadézcase agora de mí que no puedo levantarme porque las piernas se me han vuelto como de lana.” Oyólo Don Quijote, volvió en sí poco a poco, levantó la lanza y echando en torno suyo una mirada circular de vencedor arrogante, dijo:—“Ruda y heroica ha sido la pelea como las de los tiempos de Aquiles. ¿Viste jamás, ¡oh denodado escudero!, una batalla más encarnizada ni más sangrienta?”—“Encarnizada podrá ser—contestó Sancho sentándose en el suelo—; pero por lo que hace a la sangre, no veo ni el rastro.”—“¡Cómo!—exclamó Don Quijote—, pues ¿no has visto cuántas cabezas he segado, cuántos pechos atravesé, cuántos jinetes cayeron a mis pies clamando venganza y cuántos caballos derribó

el vigor de mi indomable brazo? Veníanse a mí gran golpe de gente armada, bizarros paladines, orgullosos caballeros de la Orden de Santiago, soberbios teutones, hidalgos de la Jarretiera, todos con sus divisas y blasones, tan esforzados y briosos como los Amadises y los Belianises, los Tirantes y Tablantes, los de la Tabla Redonda y los Nueve de la Fábula; retaban los jinetes, piafaban los bridones, chocaban las armaduras; el humo y el polvo en espesa nube cegaban a los combatientes; nos ensordecía el vocerío y el tronar de falconetes y arcabuces; volaban los dardos dirigidos por expertos arqueros, y cuando estaba más trabada la lucha, vino a mí el Rey de Francia, seguido de príncipes, de mesnaderos y de heraldos, y con marcial apostura y nunca visto denuedo, cruzó con las mías sus armas de soberano, y tras recio batallar, y duro arremeter y ser arremetido, logré, al fin, desarmalle y quedar dueño del campo. Huían las mesnadas, clamaban los heridos, corrían hacia el bosque los bridones sin jinete, y el propio Rey de Francia y su corte de caballeros y de hidalgos abandonaban también el campo declarando mi victoria.”—“¡Santa María!—exclamó Sancho—. ¡Y cuántas hazañas y proezas hizo mi señor amo sin que yo viese ninguna!”—“¡Cómo que no viste! ¿Pues no estabas aquí mesmo combatiendo a mi lado con siervos y pecheros?”—“¿Combatir yo.....?—dijo Sancho muy asombrado—. Vuesa merced se ha soñado o está a punto de perder el juicio (si es que ya no lo perdió del todo) cuando sale con levantarme tal testimonio de que estuve en la pelea. De oídas podré dar fe y nó de lo que dice mi amo, sino del estruendo aquél que me causó tanta congoja, no menos que de las músicas que se acompañaban con gritos y hasta con risas; pero en cuanto a ver, juro a Dios y a mi ánima que no ví nada de lo que vuesa merced cuenta, pues era tal mi sobresalto que me apreté los ojos y me pegué a la tierra cuanto pude, hasta esperar que pasase el chubasco, que a Dios gracias ha pasado y tan del todo, que vuesa merced está bueno y sano y a mí no me duele nada.”—“Fuerte cosa es el miedo—dijo Don Quijote—, pues por él te privaste de contemplar la más descomunal batalla de que harán mérito las historias.”—“Mucho me duelo de no haber visto tantas maravillas y proezas—dijo Sancho—; pero permita vuesa merced, mi señor amo, que me asistan algunas dudas sobre el particular. Si a tantas mesnadas dispersó y tantos caballeros venció, y al mismo Rey desarmó: ¿dónde están los despojos? ¿dó las señales de tanta bravura y estrago? ¿quién se llevó a los heridos? ¿qué se hicieron los muertos? ¡Mal año

pase yo si estas fábulas no dan a entender que vuesa merced está tocado del cerebro!”—“Me explico tus dudas—dijo Don Quijote—y voy al punto a desvanecerlas. Sabrás que todo lo que a los caballeros andantes se refiere y muy en particular a tu amo, va siempre envuelto con encantamientos y hechicerías; de tal modo que así como la mentira y el engaño se disfrazan de verdad y alcanzan a convencer al vulgo de los mortales, la verdad, debido a las trabas y apariencias de que la cubren los hechiceros, se convierte en mentira y engaño para ese mismo vulgo que antes dije. Y si nó, contesta y dí la verdad en todo lo que dijeres y fueres preguntado.”—“Así contestaré”—dijo Sancho, y comenzó luego el interrogatorio en esta forma:—“¿No es cierto que oíste tú aquella grande detonación y estruendo de los falconetes y arcabuces?”—“Sí es cierto.”—“¿No es cierto que viste tú mesnaderos y milicianos en tal copia y tumulto que llenaron el bosque y sus contornos en más de cien leguas a la redonda?”—“Sí es cierto, pero nó en lo de las leguas que no alcanzaba yo a ver tantas.”—“¿No es verdad que nos atacaron esos ejércitos al son de una música marcial jamás oída y disparando sobre nosotros todas sus armas?”—“También es cierto.”—“Item más, ¿no es verdad que se trabó la más reñida lucha en ese punto y hora?”—“No siga preguntando vuesa merced—dijo Sancho—porque en ese punto y hora que dice, yo ya no me cuidé sino de mi miedo, y a no haberme flaqueado las piernas, no tendría agora vuesa merced a quién preguntar ni nadie que le respondiese.”—“Ni es necesario que más ligas—dijo Don Quijote,—pues tu primera declaración de hombre formal y no nada mentiroso, basta y sobra para corroborar lo sucedido. Si hubo estruendo de armas, y milicias y mesnadas, y músicas y ataque y he quedado yo en el campo: ¿quién es el vencedor de tal encuentro?”—“Me declaro convisado y confesado”—contestó Sancho.—“Convicto y confeso debieras de decir”—observó Don Quijote.—“Haga el favor vuesa merced de no motejarme el vocabulirio—dijo Sancho—, que lo que importa es entenderse y que yo no soy ningún bachiller o licenciado para andar aderezando las palabras. En cuanto a la batalla que vuesa merced cuenta, la doy por hecha y terminada, y en la primera venta o castillo en que topemos la narraré al pormenor, pintándola con tales proezas, lances y cuchilladas, que no será poca la honra que vuesa merced saque del suceso, contentándome yo con las sobras.”—“No es bien—dijo a esta sazón Don Quijote que estaba todo movido—dormirse sobre los laureles y sigamos adelante,

que grandes y nuevas aventuras se nos esperan en esta empresa de desencantar el reino de Quivira.”—“¡Cómo! ¿todavía no está desencantado ese funesto reino que Dios confunda?—dijo Sancho—Nos hemos entendido con diablos, con cochinas divinidades entregadas a la deshonestidad, y por último con ejércitos y hasta con el Rey de Francia, y a todos los hemos vencido, y todavía vuesa merced quiere más desaguizados y contratiempos. ¡Pues no faltaba más! Mire vuesa merced que tanto va el cántaro al agua hasta que viene sin asa y que tanto hace el diablo con su hijo hasta que lo vuelve cojo. No sea mi señor tan testarudo que, con tales hazañas como las que hemos hecho en este día, juro por mi ánima que, no sólo el de Quivira, sino todos los reinos de la tierra habrán quedado desencantados; y lo que agora nos toca es volvernos y dar cuenta y razón de nuestra empresa para recibir la correspondencia que habrá de ser proporcionada a las malandanzas y sinsabores.”—“Por verse está el desencanto de Quivira—dijo Don Quijote—pues ninguna señal o circunstancia da a entender que hayamos puesto fin a tal empresa, ya que todo desencantamiento o retorno al natural estado, bien se trate de personas o de reinos, luego se manifiesta a las claras y de modo muy palpable, lo que no ocurre en el caso que tenemos entre manos. Habrá, pues, que seguir por esta senda, Sancho amigo, hasta ver el fin y desenlace de esta aventura.”

Guió Don Quijote, después de haber dicho las anteriores razones, y a paso sosegado se pusieron en marcha las dos caballerías, no sin que Sancho volviese a argumentarle dos y tres veces a su amo, hasta que cansado del poco juicio que aquél le hacía, entregado como estaba a sus aventureros pensamientos, callóse también el mozo. Poca era la distancia que habían avanzado a partir del sitio de la pelea, cuando vieron que cruzaba el camino un rebaño de blancas y apacibles ovejas guiado por una linda pastora y por dos zagalillos imberbes, los cuales se detuvieron al ver a Don Quijote dándole las buenas tardes con pastoril sencillez. Amable y complacido devolviéles el saludo nuestro hidalgo, y fijando los ojos en la pastora, dejóse decir:

“Moza tan hermosa
non vi en la frontera
como esta vaquera
de la Finojosa.”

Con ingenua sonrisa agradeció la pastora la galantería de Don Quijote, y Sancho, que estaba cansado y hambriento, dijo:

—“¿Sabrías decirnos, hermana pastora, si hay por aquí alguna venta u hospedaje donde pudiésemos refocilarnos y tomar un bocado?”—“Ni venta ni hospedaje se conocen por estos lugares—contestó la pastora—; pero si vuestas mercedes no lo toman a menos, mucho me contentara de que vieran de pascar en mi alquería, que aunque es humilde y pobre, no os faltará en ella la leche de mis vacas acabada de ordeñar, la mel de mis abjeas, el pan moreno y el lecho blando.” Encantado quedóse Don Quijote oyendo a la pastora y dijo:—“Subida es la merced que nos brindáis, linda pastora, y al punto la aceptara mejor que si viniese de una reina, que lo de ser reina no está en en trono ni en la corona, sino en la hermosura y en la liberal gentileza; mas el fatal destino me lleva por esta ruta y en pos de cierta empresa que tengo de seguir a despecho de la voluntad y del querer que vos lleváis prendidos en los vellones de vuestras mansas ovejas.”—“¡Cómo se entiende!, dijo Sancho—¿Y había mi señor amo de menospreciar tal bondad y agasajo como los que se nos brindan? Ni soy yo caballero andante ni nunca blasoné de dócil y obediente con princesas ni pastoras, pero en esta ocasión parecírame descortesía y ruindad no ceder al punto y aceptar la merced con que esta pastora nos favorece; y más si se tiene cuenta que el día se va a acabar, que el cansancio ya comenzó y que no estamos en cuaresma para ayunar al traspaso.” En esto, volvióse la pastora a Don Quijote y le dijo con una voz muy dulce y sosegada:—“Cierto es que el día se va a acabar y duélome de que os sorprenda la noche sin pan y sin abrigo, más cuando mañana, así que Dios amanezca, estos zagalillos que aquí veis os pondrán de nuevo en el camino, sin que sufra contratiempo ni tardanza la empresa que vuesa merced dice; salvo caso, señor caballero, que la vuestra grandeza no quisiere acogerse al abrigo de mi humilde alquería.”—“Non digáis más, reina pastora—dijo Don Quijote—, que luego de oiros, nó a la alquería, sino hasta el cabo del mundo siguiera vuestros pasos”. Ruborizóse la honesta doncella al oír lo que Don Quijote le decía, dióle las gracias al hidalgo, y guiando los zagales y cerrando Sancho la marcha, gozosos y contentos, entráronse todos por un caminito que serpenteaba entre los viejos pinares.

(Continuará)

JUAN MANUEL POLAR